

Título original en catalán: *2014*

© Pagès editors, SL, 2013

NOTA DEL TRADUCTOR

Se ha procurado utilizar el léxico más generalizado en el mundo de habla española, tomando en cuenta que México es el más poblado de todos estos países.

José M. Murià Rouret (Ciudad de México, 1942)

© del texto: Josep-Lluís Carod-Rovira, 2014

© de la traducción: José M. Murià Rouret, 2014

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2014

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-9743-628-1

DL L 285-2014

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

bobala@bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Nota preliminar

Hace seis años, la aparición de *2014* fue recibida como una obra sorprendente, tachada de fantasiosa por unos, mal considerada por otros y leída con atención por una minoría. Seis años después, las tesis expuestas en el libro se han convertido en mayoritarias en el seno de la sociedad catalana, tanto para los viejos catalanes de origen, de partida, como para los nuevos catalanes de voluntad, de entrada, todos los cuales han acabado por defender unas posturas y una fecha emblemática que *2014* supo concretar, adelantándose en el tiempo, formulándolas por vez primera en la historia del catalanismo político. Las ideas hoy hegemónicas emergen, pues, del libro que tiene en sus manos y, más que nunca, conservan toda su vigencia. Este es el interés de ir, directamente, a las fuentes originarias y adentrarse en la obra que imaginó por vez primera una Cataluña independiente y le puso una fecha al ejercicio de la libertad.

*Per a tots els catalans, de moltes generacions,
que també han tingut el somni d'una Catalunya
independent i lliure*

*Per a tota la gent que m'estima, anònima o no, i que
ha estat al meu costat quan més la necessitava.
I que sempre ha tornat. Com la mar...*

*Pel al Nil, nascut, com aquest llibre,
en una nació que encara no és sobirana*

Per a la Teresa, sine qua non

*Para todos los catalanes, de muchas generaciones,
que también han tenido el sueño de una Cataluña
independiente y libre*

*Para toda la gente que me quiere, anónima o no, y que
ha estado a mi lado cuando más la necesitaba.
Y que siempre ha vuelto. Como el mar...*

*Para Nil, nacido, como este libro,
en una nación que aún no es soberana*

Para Teresa, sine qua non

Pórtico

Todos los pueblos tienen derecho a un sueño. Todos los pueblos necesitan de un sueño. Y no hay mejor sueño para un pueblo que el sueño de la libertad. El sueño nacional de muchos catalanes, durante generaciones, ha sido poder ver una Cataluña libre y soberana, con su propio estado independiente. Ya hace más de un siglo que muchos compatriotas imaginaban una nación libre, mientras otros pueblos europeos tenían también el mismo sueño y luchaban por conseguirlo. Casi todas aquellas naciones que se lo propusieron, hace cien años, han alcanzado su objetivo como pueblo y hoy son estados independientes, miembros con pleno derecho de la Unión Europea y con un sitio en la Organización de las Naciones Unidas. Pero Cataluña no. Cataluña, todavía no.

Un proceso de emancipación solo es nacional, realmente nacional, cuando obtiene la complicidad y la implicación personal de la mayoría de los individuos que la forman. El objetivo, pues, de una Cataluña libre debe ser atractivo para la mayoría de los catalanes de hoy. El horizonte de la plena soberanía de nuestro país, junto a los demás pueblos del mundo, debe ser percibido como un proyecto amable, integrador, moderno, optimista, positivo y útil a los intereses de la gente. No puede aparecer como algo que no es, ni puede ser nunca, radical, extremista, marginal, excluyente, incomprensible.

Pero no todos tienen las mismas razones para querer una Cataluña libre. Hay quien la defiende amparándose en el derecho que nos da la historia de recuperar unas estructuras de Estado que la misma historia

nos arrancó en otro momento del pasado, justo ahora hace tres siglos. Otros piensan que, solamente con un Estado propio, la lengua y la cultura catalanas podrán vivir con más tranquilidad y seguridad, en un marco multilingüe, sin la zozobra permanente de hoy sobre el futuro. Son aún más quienes opinan que solamente administrando nosotros mismos, directamente, nuestros recursos y el fruto de nuestro trabajo, podemos garantizar una calidad de vida material, cultural y democrática superior a la actual, ya que las decisiones fundamentales sobre nuestra vida cotidiana no se toman aquí, sino en Madrid. Sea por un motivo o por otro, o por todos a la vez, sea por la identidad o por el bienestar, basta con que el pueblo catalán así lo quiera para que su decisión sea respetada. La voluntad de ser un Estado libre es, pues, el requisito básico para conseguirlo. Para ello no se requiere ser nacionalista. Tan solo se requiere que tú y los tuyos quieran vivir mejor.

No es necesario decir que, una decisión tal, nada más tiene derecho a tomarla el pueblo catalán, sin permitir que nadie suplante nuestra voluntad y hable por nosotros. Y a tomarla de manera democrática, en las urnas, expresando nuestra opinión con toda libertad, de la manera madura y responsable que corresponde a los pueblos que basan su civilización en el respeto más escrupuloso al derecho de las personas y los pueblos a escoger y decidir, sin coacciones, su presente y su futuro. Nada, pues, de violencia, de rompimientos, de extremismos. No es ésta la manera catalana de actuar, de comportarse, de hacer las cosas.

Quizás en otra España, quizá, Cataluña habría podido ver satisfechas sus necesidades y complacido sus aspiraciones. Pero esta otra España es una quimera, no existe ni ha existido nunca. España no es, ni quiere ser, como Suiza, ni como Bélgica, ni tan solo como Canadá o el Reino Unido. El nacionalismo español, que no el pueblo español, no quiere ni ha querido nunca un Estado en verdad plural, en el que todos los pueblos, culturas y lenguas tuvieran exactamente los mismos derechos y obligaciones. Asimismo, la total y absoluta

concentración del poder político y económico en Madrid perjudica a Cataluña, porque nos condena a un rol de simple provincia, complementaria y subordinada a la capital española. Sus intereses nunca serán los nuestros.

Todo el entramado del nacionalismo español —altos funcionarios, empresarios, periodistas, políticos, obispos, militares...— han sometido a España a una dinámica anticatalana, la *catalanofobia*, que ya ha llegado al paroxismo más dramático. La realidad es que España en Cataluña no funciona. No funciona el aeropuerto, los trenes, la electricidad... Y Cataluña está cansada de España, tal como España está cansada de una Cataluña que, ante sus ojos, aparece como un país de gente insolidaria, insaciable, de una ambición sin límites, permanentemente bajo la sospecha de deslealtad. Resulta, sin embargo, que con España sufrimos un déficit fiscal escandaloso y arrastramos una insuficiencia de inversión del Estado que nos impide niveles mejores de bienestar para todos y la modernización definitiva que nos debe permitir conectarnos con todo el mundo. No hay otra salida, pues, que la separación amistosa entre Cataluña y España, tal como una pareja que finiquita su convivencia conjunta por disparidad de caracteres y de intereses, no queda otra alternativa que el divorcio.

Un Estado soberano para Cataluña debe ser el resultado de la voluntad de la mayoría de los catalanes de hoy, que no son los mismos que los de hace medio siglo. El país ha cambiado y el mundo también. Cataluña es una nación en construcción, inacabada, permeable a las aportaciones exteriores, lo cual permite que todos cuantos viven en esta tierra puedan, también, contribuir a edificar la nación catalana del futuro. Cataluña no es solamente de los “catalanes de toda la vida”, sino también de aquellos que acaban de empezar toda la vida como catalanes. A ellos les ofrecemos todo un país para compartir: un bienestar, una educación, una asistencia social y sanitaria, un transporte, una cultura, una lengua, para que se lo apropien y lo asuman como tal. Juntos, todos agrupados, tenemos la oportunidad apasionante de hacer una nueva nación catalana, con todo aquello

de positivo que aquí se ha ido forjando durante siglos, más todo lo bueno que nos ha llegado después, hasta forjar una *identidad nacional* catalana renovada, puesta al día, abierta, resultado de la fusión de la *identidad herencia* y la *identidad cívica*.

Ser catalán, pues, no es una herencia sino una elección, una voluntad. Es catalán quien lo quiera ser, haya nacido donde haya nacido, hable la lengua que hable en su casa, lleve los apellidos que lleve. Este país lo hemos de *re-hacer* entre todos, entre los hombres y mujeres que somos y nos sentimos catalanes. Catalanes únicamente y aquellos que se sienten catalanes *también*. Cataluña es de todos, nos pertenece a todos y solo nosotros, la gente, los protagonistas del país de hoy, tenemos el derecho de decidir cómo queremos el de mañana. Eso es lo que todos tenemos en común y por ello es ésta una situación esperanzadora. En cambio, lo que tenemos de diferente, lo que nos separa, es el pasado, el origen, la procedencia. Tenemos la posibilidad, quizás la única en Europa, de hacer un país incluyente, abierto y con una identidad renovada, como expresión de una voluntad social, de toda la sociedad, y no solamente de una parte, al contrario, pues, de las burguesías que hicieron posibles los estados nación siglos atrás.

El nacionalismo español, sólidamente instalado en Madrid con los recursos de todos, se ha apropiado de España y se ha convertido en un tapón que imposibilita que la botella de Cataluña aproveche las múltiples oportunidades de prosperar que se nos presentan y estamos perdiendo. Ni nos deja salir a donde queremos ni nos permite que entre lo que nos conviene. Ha llegado la hora de provocar que salte el tapón y de tomar decisiones trascendentes sobre nuestro futuro, en una Europa cada vez más unida y donde cada vez, también, hay más estados independientes. Todos quieren construir Europa, pero cada quien desde su propio Estado. Todos ¿menos nosotros? Debemos salir de España y entrar en Europa con todas las de la ley.

Todos los inicios de un proceso mediante el cual un pueblo se encamina hacia la mayoría de edad política —la independencia— son siempre difíciles. Sus promotores son tachados siempre, despectiva-

mente, de visionarios. Y los poderes fácticos, los que tienen intereses en la continuidad de la dependencia de Cataluña o ya se han avenido a la asimilación, insisten en la inviabilidad económica o política de la propuesta, haciéndola parecer inconveniente, imposible o perjudicial. Siempre ha sido así y Cataluña no será la excepción.

Pero ya carece de sentido, trescientos años después de 1714, continuar como hasta ahora, resignados permanentemente, sin capacidad de reacción para llevar la iniciativa como país, como si no pasara nada, y que la situación de ahora es del todo normal y, sobre todo, inmodificable. Solamente los pueblos que no saben hacia dónde van acaban por ir a ninguna parte. Y cuando un pueblo empieza a hablar de su libertad, a imaginar su independencia, este pueblo ya comienza a ser un pueblo libre e independiente. Si nosotros queremos, no será un sueño.

Tarragona-Veles e vents (Sant Feliu de Guíxols)
agosto 2007-marzo 2008

CAPÍTULO 1

**Un Estado para Cataluña:
del corazón a la mente**

EL INDEPENDENTISMO EMOCIONAL

La reivindicación de la independencia nacional ha sido, en Cataluña, una propuesta política que, a pesar de tener complicidades emotivas en amplios sectores de la sociedad catalana, no ha ido más allá, a lo largo de la historia, de insinuaciones vagas más que de formulaciones rigurosas. Ha aparecido más como un objetivo en el fondo más deseable —“si pudiera ser...”— que posible, más como una utopía irrealizable que como una realidad alcanzable. Ha sido más a menudo un estado de ánimo que un estado permanente del alma. Y mientras los primeros son pasajeros, efímeros, cambiantes, los otros se vinculan mejor con la perdurabilidad.

Ha afectado más, pues, al ámbito de los sentimientos que al de las conciencias, casi al de las aspiraciones más íntimas que al de las necesidades más públicas, como si fuera una cuestión personal más que una causa colectiva. En algún momento ha podido parecer, incluso, que el contencioso Cataluña España se situaba cuando mucho al mismo nivel, pero frecuentemente no con tanta intensidad y convicción, que un enfrentamiento vespertino Barça-Madrid, un fin de semana de liga futbolística. Seguramente es por eso que, hasta ahora, nos han faltado formulaciones serias y creíbles de acceso a la plena soberanía política, un verdadero proyecto de emancipación nacional, bien articulado, que defina una estrategia posible hacia la independencia de la nación catalana y su conversión en un Estado en el marco de la Unión Europea.

El sentimiento de pertenencia a la comunidad catalana, la conciencia nacional, acostumbra a intensificarse más en condiciones de adversidad colectiva o bien, simplemente, fuera del país. Históricamente, este sentimiento independentista se ha manifestado en la lejana América, adonde los azares del exilio político o la emigración económica han llevado a tantos miles de catalanes, o bien, en la actualidad, por tierras de España, sea por motivos profesionales, académicos, turísticos o de simple relación amistosa. Es allá donde, a pesar del paso del tiempo, la vigencia de la retahíla de tópicos, prejuicios y desinformación, malévolos o fruto de la ignorancia, se mantienen inalterables a propósito de los catalanes, desde hace siglos.

El hecho de comprobar, en primera persona, la existencia de la *catalanofobia* provoca una actitud de afirmación nacional, de dignidad catalana, que lleva a cerrar filas y que se manifiesta, a menudo, con una respuesta independentista inesperada en otras condiciones, no muy elaborada desde el punto de vista político o ideológico, quizá incluso muy primaria, pero real. Es en estas circunstancias concretas, o bien como una simple saturación de tanto anticatalanismo acumulado, expresado por la vía política, deportiva, empresarial, asociativa, comercial, cultural, económica, mediática o en episodios de la cotidianidad más aparentemente inofensiva, cuando se produce frecuentemente una reacción nacional espontánea que se expresa en clave independentista. Es justo no olvidar que esta reacción no tiene excepciones ideológicas y, pues, ya sea de izquierda, de derecha o de centro el compatriota en cuestión, la expresión de impotencia “con España no hay modo” acostumbra ser la conclusión habitual, después de machacar inútilmente.

Referidas a posiciones de españoles progresistas o conservadores, da lo mismo, “todos son iguales”, “no nos entenderán nunca”, “siempre ha sido así”, son algunas de las exclamaciones normales en contextos fáciles de imaginar y que todos han vivido personalmente, en algún momento, en cuestiones relacionadas con Cataluña. Debe reconocerse, sin embargo, que estas reacciones se ubican, normal-

mente, mucho más en el terreno de las reacciones psicológicas que propiamente en el de las respuestas argumentadas políticamente: son más sentimentales que ideológicas. A veces surgen casi como un tipo de amenaza de ruptura secesionista, como la exteriorización de una ventolera momentánea, a manera de un arranque irreflexivo, ocasionado por una fatiga reiterada frente a la imposibilidad de superar o enderezar una situación desfavorable: “¡Porque no se puede, si no...!”

Da la impresión de que, durante mucho tiempo, se ha creído que la idea de una nación catalana soberana, de un Estado catalán, no tenía nada que ver con la política, era una meta imposible de alcanzar y, por lo tanto, no hubo espacio para otra cosa que no fuera el lamento, la resignación o la impotencia o, incluso, la envidia sana de otras naciones con procesos acertados de acceso a la *estatalidad*. Paradójicamente, sin embargo, en ningún lado como en nuestro país no ha habido y no hay, tradicionalmente, tanto interés, tanta simpatía y tanta solidaridad con las diferentes causas nacionales pendientes de resolución en otras partes del mundo. Desde el mensaje a Parnell y a todo el pueblo irlandés (1886) o al rey de los helenos Jorge I (1897), por la cuestión de Creta, como mínimo, hasta el *referendum* de autodeterminación de Montenegro (2007) o el de Kosovo de nuestros días, no ha habido proceso de emancipación nacional en el mundo que no haya merecido la atención y la complicidad, con frecuencia apasionada, de la sociedad catalana. En 2010, con motivo del bicentenario del inicio del proceso de independencia en diferentes países de América Latina, se llevaron a cabo diversos actos conmemorativos, incluso en el mismo palacio de la Generalitat, sede del gobierno catalán.

De cierta manera, parece realmente como si, conscientes de nuestra incapacidad, hasta ahora para conseguir convertirnos en un pueblo libre y soberano, nos identificáramos con la lucha de otros pueblos, más valientes o decididos que nosotros, como si su causa fuera la nuestra, proyectando sobre ellos la solución triunfante de nuestra propia situación sin resolver.

No se debe pasar por alto, por ejemplo, cómo, en los procesos de desaparición de la URSS y de Yugoslavia, se produjo un comportamiento distinto entre la mayoría de la sociedad española y de la catalana, junto con sus medios de comunicación, de forma que, mientras en el caso español la identificación de la opinión pública se producía con el posicionamiento *unitarista* soviético o yugoslavo, en el caso catalán, contrariamente, la simpatía “natural” se canalizaba hacia las naciones que querían liberarse de aquello que la opinión pública española quería mantener.

Hasta ahora, pues, la independencia catalana no ha sido un objetivo que haya aparecido como necesario, posible y atractivo. A ello ha contribuido el hecho de que nunca se haya planteado, seriamente, todo el proceso de acceso a la soberanía, el programa de transición, las medidas a adoptar en todo el período de desconexión institucional con el Estado español, cómo influiría eso en la actividad económica, en la vida académica, los servicios sociales, el régimen de pensiones, etc.

No es extraño que, como fenómeno social, se haya mantenido durante décadas como un independentismo permanentemente latente, casi íntimo, más secreto del corazón que secreto de Estado, y no como un independentismo visible, presente en el espacio público. Hasta nuestros días, en el recurso a la “Cataluña independiente” debe buscarse el origen mucho más en el estómago, como una salida inmediata del catalán cabreado, o en el corazón, como una aspiración tan romántica y platónica como imposible, que en la cabeza o el bolsillo, como resultado de un proceso lógico y racional, basado en la conveniencia colectiva, el interés nacional y la voluntad democrática. En cierta manera, podríamos decir que los miembros de la sociedad catalana actual seguirán un proceso a la inversa, pero coincidente con el resultado. Para los catalanes de origen, aquellos básicamente motivados por cuestiones simbólicas, culturales o lingüísticas, *identitarias* si se quiere decir así, el camino a recorrer será del corazón a la mente, del sentimiento a la necesidad. Para los otros catalanes, con poca o

ninguna conciencia nacional, a menudo catalanes de adopción y por decisión propia, el trayecto será precisamente el contrario: de la mente al corazón, de la necesidad de vivir mejor al sentimiento de afecto hacia el país que le permite hacer posible su propio sueño personal.

EL INDEPENDENTISMO ADOLESCENTE

La ausencia de una estrategia democrática para alcanzar el Estado nacional propio —con una elaboración mínimamente detallada de los pasos imprescindibles a dar y de los procedimientos a emplear— explica, en parte, por qué el independentismo, como una acción politicoelectoral claramente identificable, todavía no tiene la fuerza y la solidez adecuadas. Por qué, pues, todavía no hemos llegado nunca al 20% de los sufragios y cómo es que no hemos sobrepasado con creces este porcentaje. Después de más de tres décadas de elecciones libres, posteriores a la dictadura franquista.

En realidad, la historia del independentismo contemporáneo es, en muchas etapas, la memoria de una acción poco política, plena de escisiones grupusculares y conspiraciones de pocos vuelos. Es decir, todo un universo indescifrable de siglas, a menudo con una práctica marginal y una estética antisistema, muy influida por la izquierda *abertzale* vasca o incluso por las épocas más duras del Sinn Féin irlandés o el nacionalismo corso, que lo han alejado de la cultura de gobierno y de la vocación de mayoría social. El lenguaje habitual de este independentismo ha sorbido mucho de la retórica anticolonialista y utiliza, a menudo, unos recursos expresivos belicistas, de un *resistencialismo* militarista, más propio de otras latitudes y épocas, cosa que ayuda a que aparezca como extraterrestre para la mayoría de la población catalana, es decir, del todo incomprensible y alejado de su cotidianidad.

La tentación intermitente de la violencia, además, ha acabado perjudicando también su credibilidad y frenando la complicidad social, así como el hecho de que el horizonte de una Cataluña indepen-

diente no solo no haya figurado nunca en los proyectos estratégicos y en los programas electorales de las fuerzas políticas mayoritarias —la *sociovergencia*— sino que haya sido explícitamente descartada, rechazada y, en ocasiones, incluso ridiculizada por éstas. Eso sí, por si acaso, se tolera que las organizaciones juveniles respectivas reclamen la independencia o defiendan la autodeterminación, aunque sea la del Sahara, no vaya siendo que un día...

En la actualidad, sin embargo, empieza a haber un porcentaje muy notable, cada vez mayor, de catalanes favorables a la independencia, en un volumen francamente superior al de aquellos que se proclaman independentistas, tal como lo revelan últimamente todas las encuestas. Es decir, hay más gente que quiere la independencia de Cataluña que no gente que se considera a sí misma independentista, que se siente, que se reclama como tal.

La paradoja es tan interesante como, en cierta manera, bastante comprensible. El mundo del independentismo, los independentistas, en la línea que apuntábamos antes, ha estado frecuentemente asociado a radicalidad, extremismo, marginalidad, no tener los pies en la tierra, excentricidad, periferia, inestabilidad... Pero la necesidad de transgresión, propia de muchos de los independentistas habituales, no es imperativo que lastime, irrite o desagrade a la mayoría. Tan solo debe sorprender y hacerlo agradablemente, con gestos e iniciativas que sean imaginativos, originales, creativos, simpáticos, si se requiere incluso con sentido del humor y, de manera muy particular, que establezcan complicidades muy amplias en vez de oposiciones muy generales.

Es indudable que la “forma” también es parte del “fondo” y ciertas prácticas marginales (quemar banderas, libros, fotos, gente encapuchada, caras tapadas, pintadas en cualquier parte, destrozos incívicos en el mobiliario público, en edificios oficiales o en propiedades privadas, gritos insultantes o amenazadores, etc.) espantan en vez de atraer y, en vez de sumar, restan, porque expulsan a toda aquella parte de la sociedad catalana —la inmensa mayoría— a quien nunca

en la vida se le ocurriría comportarse así y le repugnan y horrorizan estas actitudes, porque no son las suyas y, justamente por eso, nunca las adoptarían ni las reconocerían como propias, porque adoptan un formato expresivo duro, agresivo, de confrontación innecesaria. Si el independentismo fuera “eso” es normal que haya tanta gente que no quiera ser independentista, que no quiera ser como los independentistas, pero sí, en cambio, que quiera la independencia.

La mala forma, pues, perjudica el buen fondo, lo radicaliza, lo marginaliza, lo minoriza. La radicalidad formal y expresiva de ciertos independentistas es un torpedo en la línea de flotación del independentismo. A menudo da la sensación de que, en caso de que fuera disparado por los adversarios de la soberanía catalana, no les saldría mejor, ni serían tan diestros en acertar el tiro ni en el éxito en la puntería. Esta dimensión formal del independentismo, marginal, radical, extremista, convenientemente elevada a la categoría de portavoz permanente de la causa por los medios de comunicación *dependentistas*, unionistas, genera una incomodidad que violenta a buena parte de la ciudadanía, precisamente a aquella que *también* quiere la independencia. Pero, sobre todo, cierra las puertas por completo a aquellos sectores sociales susceptibles de interesarse por el horizonte final que planean los independentistas, aquellos que “aún” no quieren la independencia y, probablemente, ni les ha pasado nunca por la cabeza que la puedan querer algún día, que les pueda interesar o que les pueda afectar positivamente en algún ámbito de la vida personal.

Creo que podemos hablar, claramente, de un independentismo adolescente, precisamente porque es un independentismo inmaduro, incapaz de entender que los proyectos solamente son nacionales cuando tienen el respaldo de la mayoría de la nación y no solamente de una parte de ésta, por más concientizada que esté, convencida que sea y por más autoconsideración de vanguardia que pueda tener de ella misma. Se es *nacional*, realmente, cuando se tiene la capacidad de representar a la mayoría de la nación y establecer con ella una complicidad intensa con sus intereses, sus referentes y sus emociones,

hasta el punto de convertirse en un icono simbólico, instrumento político y megáfono social. Pero la nación no puede ser nunca confundida con la parte más nacionalmente activa o deslumbrante de ésta, sea en la calle o sea en el Internet.

En realidad, el objetivo del independentismo catalán no es otro que poner fin a la etapa de dependencia política de España y eso ya es bastante contundente para reforzar la propuesta con elementos que subrayen aun más, de manera estridente, el carácter irreversible de la iniciativa, su radicalidad, pues. Se trata, ni más ni menos, de que el que fuera uno de los imperios coloniales más importantes de la historia, en la actualidad miembro con pleno derecho de las Naciones Unidas y Estado integrante de la Unión Europea, acepte un día, con normalidad absoluta, como si tal cosa, la secesión de una parte de su territorio, precisamente aquella que contribuye más al erario público del Estado. Entre otras aportaciones valiosas...

En consecuencia, si el fondo ya puede aparecer como “radical” ante muchos ojos, no es necesario que lo radicalicemos todavía más con la forma, porque entonces, al convertir la independencia nacional en un objetivo ultra radical al derecho y al revés, de hecho lo condenamos a ser un objetivo imposible. Es decir, inviable por marginal. Quienes queremos un Estado para nuestro país debemos ser moderados en la forma y “radicales” tan solo en el contenido, por el contenido mismo, porque el objetivo propuesto —la construcción de un Estado— ya es suficientemente radical, en la medida que significa un cambio radical —hasta las raíces— en el *statu quo* político actual.

Pasar de un independentismo marginal, adolescente y radical, a un independentismo de masas, de mayoría social, maduro, moderno, útil y atractivo, significa avanzar paralelamente con la extensión de la conciencia nacional, con el refuerzo de la idea de país, facilitando la identificación con Cataluña, como primer referente, de todas las personas que viven en ella. Es cuestión, pues, de pasar del corazón a la mente, de la minoría a la mayoría, de los márgenes exteriores a la centralidad amplísima del medio.

Por este motivo no se trata, por lo tanto, de radicalizar más la conciencia nacional de aquellos que ya la tienen, en una suerte de competencia infantil sobre la dimensión del propio independentismo para ver quién la tiene más grande, sino de ampliarla a todos aquellos que todavía no tienen ni poco ni nada. Yo no quiero la independencia únicamente para los independentistas. Yo quiero la independencia para Cataluña, para todos y cada uno de los seres humanos que la habitan y no solo para unos cuantos. Yo quiero la independencia nacional, de toda mi nación, de la totalidad de mi país, de “esta patria tan pequeña que la sueño completa”, en palabras de Joan Oliver.

Me gustaría ilustrarlo, si se me permite, con una anécdota personal. Hace unos años comí con el ministro español del Interior, en el comedor privado de su oficina en la capital de España. Fue una conversación interesante, incluso un tanto morbosa por la lejanía ideológica de los protagonistas, el contexto del encuentro y el motivo del ágape, conversación sazónada también con alguna secuencia sorprendente e inesperada. Desarrollada en un contexto de absoluta corrección formal e incluso de afabilidad personal, en un momento determinado el ministro en cuestión me preguntó: “Pero tú, que eres una persona culta, formada, con experiencia política y no eres un niño, ¿tú realmente eres independentista-independentista?” Lógicamente, en aquel contexto, hallándome en terreno “enemigo” hube de confesarle la verdad. “Pues, no. No soy independentista-independentista. En realidad sólo soy independentista. Con una sola vez tengo bastante...” le espeté, irónicamente.

Si el independentismo se redujera a una expresión juvenil, incluso estrictamente generacional, no tendría ningún futuro, porque, ley de vida como es, después de la adolescencia y de la juventud viene la adultez y la madurez. Si el independentismo fuera tan solo cosa de menores de edad, no tendría futuro sino tan solo presente. Sin los jóvenes no hay futuro para el independentismo, pero únicamente con los jóvenes, tampoco. Los jóvenes un buen día dejan de serlo y se hacen grandes y entonces dejan, modifican, moderan convicciones

que los caracterizaban cuando todavía lo eran. Y su lugar es ocupado, automáticamente, por otros, igualmente jóvenes y generalmente radicales en las formas.

Este independentismo adolescente, sin embargo, afecta a gente de todas las edades, no necesariamente tan solo jóvenes. En este caso, la intensidad patriótica no es menor a la de las generaciones inferiores, pero, en cambio, a pesar de la edad y lo que se supone que debería ser la experiencia de la vida, existe la misma cultura *prepolítica*, antigubernamental y extrainstitucional, más propia de la adolescencia militante. Queda toda la impresión de que este independentismo se ha establecido, con comodidad, en actitudes hipercríticas por sistema, con prácticas de oposición y resistencia, alejadas totalmente del sentimiento de la mayoría de la gente, que lo que quiere y valora es poco ruido, ninguna aventura y que le resuelvan los problemas.

El independentismo no puede ser, no es, un movimiento *consignista* en estado de agitación permanente y al cual parezca gustarle más ir en contra que a favor, criticar antes que construir, cuestionar lo que otros hacen desde el gobierno, o desde lugares clave de la sociedad, antes que asumir responsabilidades. Para el independentismo adolescente, el objetivo central es ubicarse en estado permanente de autoafirmación independentista, ser más independentistas que nadie y serlo siempre y en todo lugar. Algunos no se dan cuenta de que el independentismo no es más que un período provisional, transitorio, y que el objetivo no puede ser otro que dejar de ser independentistas porque finalmente, ya se ha conseguido lo que queríamos: ser independientes.

Con toda la buena fe del mundo, hay quien asegura rotundamente: “Yo seré independentista toda la vida, me moriré independentista.” Pues yo no, espero que no, trabajo para que eso no me suceda, sino más bien al contrario. Sería un fracaso personal, pero también colectivo, una derrota nacional anunciada, un absoluto derrotismo de país, que tuviéramos tan poca confianza en la capacidad del pueblo catalán para conseguir la plenitud de los objetivos nacionales, que

tuviéramos que ser toda la vida independentistas, en vez de trabajar para que nuestros hijos y nuestros nietos fueran, en su oportunidad, toda la vida independientes y también lo fuéramos nosotros, toda la vida que nos queda por delante.

La razón de ser política de mi vida, como catalán nacional, como ciudadano con sentimiento, conciencia y voluntad de pertenencia a una nación determinada, la catalana, es conseguir que esta nación sea independiente, no que yo me declare independentista toda la vida. Yo no quiero ser independentista, lo que quiero es ser independiente. Como catalán, pues, aspiro a poner fin a la discriminación política que padece mi país, a la falta de instrumentos para conseguir que el pueblo catalán tenga una vida más digna, más culta, más libre, más saludable, y empeño para que tenga lo que ya tienen otros: un Estado, su Estado. El independentismo solamente interesa a los independentistas. La independencia interesa, conviene y es positiva para todos. En cierta manera, pues, no soy independentista, sino más bien *estoy* independentista. *Ser* expresa una identidad permanente, definitiva, para siempre. *Estar*, en cambio, es un estadio, una etapa, un período que debe dejar paso a una situación, esta sí, irreversible y con deseo de perdurabilidad.

Pasar de la minoría a la mayoría, de la periferia política a la centralidad, de la radicalidad a la normalidad, es la batalla fundamental que debe ganar el independentismo político. La asignatura que el soberanismo debe de aprobar con buena calificación, para convencer a sectores sociales mucho más amplios que los actuales, es la de la credibilidad como fuerza de gobierno, capaz de inspirar confianza, seguridad e imagen de estabilidad, interés y utilidad pública, frente a la propia sociedad. No es en radicalidad o independentismo que debemos de competir con alguien, sino con rigor y seriedad con todos. Si, realmente, queremos pasar del independentismo a la independencia, esta es la batalla que se debe ganar y no otra.

Cada gesto estridente, inmaduro o incomprensible, nos aleja de la independencia. Cada gesto serio, riguroso, útil, nos acerca a ella. No

hay más realidad que ésta y, cuanto más tarde el independentismo en darse cuenta, más tardará la independencia en llegar. El independentismo debe ser amable, amistoso, atractivo, competente, constructivo, democrático, incluyente, moderno, abierto, optimista, pacífico, positivo, seductor, sensato, serio, simpático, útil. Solamente así podrá interesar a la mayoría de la sociedad catalana y no, como ahora, exclusivamente a una parte reducida de ella.

EL INDEPENDENTISMO DE MAYORÍAS

Para ser mayoritario en la sociedad catalana, el independentismo debe ser interclasista, multigeneracional y mejor todavía si es también pluripartidista. Para entendernos, para querer la independencia de Cataluña no se debe ser necesariamente de izquierda, desde el punto de vista ideológico. Basta con ser demócrata. Si, como catalán, quiero la independencia de mi país y como ciudadano quiero una sociedad justa, con igualdad de oportunidades para acceder a la cultura, el bienestar y el progreso, sin discriminación de géneros, soy, pues, un demócrata de izquierda. Esto, precisamente, es lo que yo soy a nivel personal. Y lo sería también si, en vez de ser catalán, fuera italiano, español o francés.

Pero en el país que yo quiero, no todo el mundo debe ser así, no todos los demócratas catalanes deben ser de izquierda, si no quieren. Pero sí progresistas o conservadores en la construcción de la sociedad, donde tendremos puntos de vista diferentes y divergiremos, como los tienen Portugal, España o Dinamarca; podemos coincidir, en cambio, en la construcción del Estado y en la necesidad de él. En todos los casos, sin embargo, lo que sí debe ser el independentismo es radicalmente plural en cuanto a la diversidad de orígenes familiares, lingüísticos, culturales, religiosos, territoriales, identitarios, de las personas que comparten este objetivo político. Tan plural, pues, como plural y diverso es el país de nuestros días.

El independentismo, sin embargo, no es ninguna ideología. La independencia no es una ideología, es un instrumento para obtener

determinados objetivos, no es un fin sino un medio. Hay independentistas de derecha, de centro y de izquierda. Los hay liberales y conservadores, comunistas y ácratas, socialistas y ecologistas, demócratacristianos y de izquierda democrática. Si fuera una ideología, ésta sería mundial, hegemónica, única, porque todos los países del mundo son ya independientes o bien quieren serlo. Y es obvio que no piensan todos de igual manera, ni las naciones colectivamente, ni sus integrantes individuales.

Junto al joven con *jeans*, pañuelo rebelde en el cuello o en la cabeza, el morral contestatario en la espalda o la bandera *estelada*¹ de la revuelta nacional en la mano, en pin o en calcomanía, debe haber los independentistas de traje, corbata y colonia Armani, con las independentistas de traje sastre y bolsos Loewe, y toda la gente que no viste de una manera ni de otra y que constituyen la gran mayoría. Debe haber los de la mochilita progre en la espalda, junto a los que van rumbo al trabajo y traen el bocadillo hecho en casa envuelto en papel metálico, o la cartera de ejecutivo con el PC portátil siempre listo. Debe haber los que llevan *El Punt Avui*, *Ara*, *Ara Balears*, *Regió 7*, *El Nou*, las ediciones catalanas de *El Periódico*, *La Vanguardia* y del *Segre* y *El Temps*, *El Triangle*, *Sàpiens*, *Descobrir Catalunya*, *Catalunya Cristiana*, *Serra d'Or*, *Lluc*, *Saó* o *El Mirall* bajo el brazo, como debe haber también quienes leen *Le Monde*, el *Financial Times*, *El País*, *L'Osservatore Romano* o *El Informador* de Guadalajara...

Y los creyentes, los agnósticos y los ateos. Los masones y los librepensadores. Los católicos y los protestantes, pero ahora también deberán estar los ortodoxos, los musulmanes, los judíos, los baha'i, los budistas, los hinduistas, los testigos de Jehová, los sikh y los gitanos de la iglesia de Filadelfia. Los Puigdemívol y los Soldevila, los Ferrer y los Llauradó, los Peris y los Crespí, pero también los Pérez, los González, los Martínez y los Sánchez. Y los Abdelaziz, los Selem, los Lamín

1. Bandera catalana con la estrella independentista.

y los Bugema. Y todos lo que irán llegando y los que todavía no lo saben ni lo sabemos nosotros.

Y los registradores de la propiedad, los diseñadores de páginas *web*, los conductores de autobuses, los propietarios de centros de belleza, los titulares de empresas de servicios, los analistas financieros, los oficiales de los *Mossos d'Esquadra*² y los agentes también, los jefes de prensa, los asesores jurídicos y de imagen, los informáticos, los que regentan locutorios para hablar con la familia al otro lado del mundo, los tertulianos que saben de todo y los que tampoco, los becarios en prácticas, los fisioterapeutas, los burócratas decepcionados, los médicos que salvan vidas para salvar la vida, los abuelos que se han quedado viudos, solos y enfermos, los reyes del mambo de la informática, los abogados de prestigio y los que no lo tendrán nunca, los que hacen investigación y los que esperan hacerla, los desempleados de cincuenta años que temen no volver a encontrar trabajo, los tenderos de la esquina, los independientes que trabajan más horas que un reloj, las mujeres que deben esforzarse más que los hombres en su sitio de trabajo, diariamente, para demostrar que a menudo son más competentes que ellos, a pesar de que ganan menos, los músicos comprometidos con la música e incluso con el país, los *cracs* de Internet, los campesinos enojados, los empresarios exportadores y los que todavía no lo son, los que pintan paredes, cuadros o no pintan nada en ningún lado, los pescadores olvidados, la pareja que busca un apartamento asequible para su bolsillo y que no lo halla, los taxistas metropolitanos y los de ciudades pequeñas, los jubilados que refunfunan sentados en un banco, los jóvenes que *chatean* y cambian el mundo a base de sms...

Y también los especialistas en firmar manifiestos reivindicativos o en redactarlos, los historiadores y poetas de pueblo y los de ciudad

2. Policía de Cataluña, creada en el siglo XVIII y responsable del orden público y la seguridad ciudadana.

también, la Maria que perdió el acento de la vergüenza y la Núria³ que recuperó el de la dignidad, quienes se quedaron parados en abril de 1931 o en mayo del 68, los expertos en cortar el tránsito reclamando semáforos, guarderías o centros de educación primaria, los curas comprometidos de antes que ahora ya solo son comprometidos, un puñado de curas que todavía lo son, una cuadrilla de monjas, media docena de canónigos, quizás un par de obispos, algún abad y ex abad, los que han hecho una maestría en *grafitti* con *spray* o pegando calcomanías de todas las causas, los libreros barbudos que ya nunca perderán ese aire conspirador de la época de la dictadura, los sobrevivientes de todas las batallas, los empresarios que siempre están a punto para ayudar a la causa y nadie lo diría y aquellos de quien todo el mundo lo diría también, los maestros que continúan educando y liberando, los que mantienen un tono conspirador como si el franquismo estuviera más vivo de lo que parece, que ya es mucho decir, y todavía se conocen por su nombre de batalla, los activistas de inodoro de empresa o bar de facultad, los escritores de un solo libro gracias al antiguo sustento genérico⁴ o a los que han publicado más de una docena y con traducciones a diversas lenguas, los viejos exiliados republicanos que saben que ya no volverán nunca, los que ya tienen cierta edad y aseguran que ya no lo verán, pero sus nietos sí, los que hemos esperado siempre, contra toda esperanza. Nosotros, todos.

LOS CATALANES Y EL ESTADO

La independencia nos lleva, directamente, a plantearnos la cuestión del Estado. En nuestro país es innegable que el prestigio del Estado anda de capa caída, porque la única experiencia contemporánea de Estado que nosotros tenemos es experiencia de Estado español y francés, y ésta, para nosotros, es una mala experiencia. Hay naciones

3. En catalán Maria no lleva acento y sí en cambio Núria, grafías prohibidas durante la dictadura franquista.

4. Medida adoptada por el primer gobierno catalán como apoyo a la edición en lengua catalana.

que existen gracias al Estado y otras, como la nuestra, a pesar del Estado, sin Estado, contra el Estado y/o con el Estado en contra. Los catalanes siempre hemos mirado al Estado con recelo y desconfianza, fruto de nuestra propia experiencia histórica en relación con el Estado español, por el hecho de tratarse de un Estado inútil para resolver nuestros problemas materiales, como un Estado obstáculo para nuestro progreso y como un Estado contrario a nuestra vida normal como sociedad nacional diferenciada, con una lengua, una cultura y unos valores propios que no coinciden con los del Estado.

Por eso somos un pueblo que confía mucho más en su esfuerzo y sus potencialidades que en el éxito de una burocracia incompetente, lejana y forastera. En Cataluña hay más de medio millón de empresas de todas medidas, sobre todo medianas y pequeñas, de capital familiar. Y tenemos 43.000 fundaciones, 4.500 cooperativas, 7.000 entidades culturales, 1.800 sociedades anónimas laborales y hasta 700.000 personas que participan en tareas muy distintas de voluntariado en todos los ámbitos (social, cultural, solidario, civil, festivo, deportivo, religioso, ecológico, lúdico, etc.). Cuando hay poco Estado, la sociedad civil es una sociedad potente, plural y activa, un ente colectivo vivo que no es anestesiado, eliminado o substituido por la Administración. Es significativo, en este sentido, que el incremento del peso de la Generalitat o de la administración local en algún ámbito, por ejemplo, haya comportado el debilitamiento del sector privado o de la iniciativa civil en el mismo sector.

Hay sitios donde primero se pide la subvención, la ayuda pública, a partir de una accesibilidad excesiva a los centros de poder político —demasiado amiguismo o *coleguismo*— y después, solamente si ésta llega, se echa para adelante el proyecto empresarial o cultural, pero nunca antes. A diferencia de esta práctica existente en ciertas latitudes no lejanas a la nuestra, la tradición catalana es justamente la inversa. La gente —sea empresario, promotor cultural, artista, músico o escritor— se espabila. Se arriesga personalmente, anuncia públicamente la iniciativa por su cuenta y después, siempre después, solicita alguna

ayuda pública, sin confiar toda la responsabilidad de la ejecución del proyecto al financiamiento de la Administración.

La iniciativa quizá tardará más en llevarse a cabo y tendrá más dificultades a lo largo del trayecto, pero casi nunca dejará de hacerse por falta de dinero público. A la hora de arriesgar, ningún emprendedor de verdad se retira nunca, si realmente está convencido de su proyecto. Será creativo, imaginativo en pos de alianzas empresariales para el financiamiento, negociando con los bancos unas condiciones asumibles o tejiendo complicidades dentro del mismo sector, si es necesario también fuera del país. Pero no le echará la culpa al gobierno por no haber hecho aquello que le corresponde a él mismo hacer. Estamos, pues, frente a dos culturas del esfuerzo distintas, de dos sistemas de valores profundamente diferentes.

El antiestatismo de los catalanes, que debe mucho a la tradición libertaria popular, siempre latente como sustrato inconsciente en la mentalidad de todo catalán, tiene que ver con esta percepción negativa de nuestra experiencia histórica de Estado. Pero ésta también es deudora de la tradición liberal, presente en sectores ilustrados y emprendedores catalanes, desde siempre, quizás aquellos que tradicionalmente han seguido con más interés y admiración las formas de vida británicas o tal vez norteamericanas, las cuales han conocido personalmente. El Estado, el que pagamos, el que conocemos, se nos aparece como un ente *mastodóntico*, lejano e insensible a nuestros intereses, nuestros referentes y nuestras emociones. El Estado español, el Estado que se supone que debemos admitir con una naturalidad incuestionable que es el “nuestro”, se esfuerza cada día en desmentir la afirmación y demuestra, precisamente, que no es “nuestro” sino “suyo”, porque no va a nuestro favor, sino a favor suyo, que “nosotros” no somos “ellos” y que “ellos” no son “nosotros”.

Esta percepción del Estado español, en el ámbito de la psicología colectiva, como un ente ajeno a los catalanes, ha hecho que, por miedo del Estado, por desconocimiento del Estado, por desconfianza del Estado, nos hayan ido situando al margen del Estado, no solamente

del español sino de la noción misma de Estado como tal. Esto explica, en la época contemporánea, que hayamos tenido tantos empresarios, tantos negociantes, tantos comerciantes, tantos escritores, tantos pintores, tantos escultores, tantos músicos, tantos arquitectos, tantos diseñadores, tantos médicos, tantos científicos y, al mismo tiempo, una ausencia de vocaciones catalanas en algunos de los sectores profesionales que, con más claridad, representan al Estado, es decir, el Estado español: militares, jueces, policías nacionales, guardias civiles, inspectores de hacienda...

Curiosamente, sin embargo, no son pocos los catalanes que han destacado en la carrera diplomática, un ámbito en el cual es intrínseco el contacto con la diversidad y el conocimiento de otros países, otras culturas, otras lenguas. Un espacio enriquecedor porque exige un espíritu abierto y un interés por el exterior y se basa en la experiencia directa de la pluralidad, y es incompatible, por lo tanto, con el uniformismo. Muchos de los actuales embajadores españoles en el mundo son, precisamente, catalanes. Y no ha sido sino hasta nuestros días cuando la plaza de empleo de la Generalitat, o del cuerpo policial de los *Mossos d'Esquadra* se ha convertido en atractiva, precisamente en la medida en que la sociedad catalana ha ido valorando a la Generalitat e identificándola, conscientemente o no, con “nuestro” Estado.

Esta percepción de pertenecer al Estado, pero no ser de él, ha comportado una función subalterna para los sectores dirigentes catalanes con relación al Estado. Superados los breves paréntesis protagonizados por Joan Prim o Estanislau Figueres,⁵ en el siglo XIX, la estrategia dominante en la política catalana ha sido la intervención en la política española, pero entendida simplemente como un intento de influencia en ésta, como aspiración máxima, pero no como un intento de dirigirla. Entre otros motivos porque España no lo habría permitido nunca. Ni lo permite ahora, todavía menos.

5. Prim fue jefe del gobierno español y Figueres presidente de la primera República, ambos en el siglo XIX.

Como decía hace años un destacado político español, S. Carrillo, uno de los artífices de la transición democrática después del franquismo, “España no está preparada para tener un presidente del gobierno que sea catalán”. Y un conocido semanario español se preguntaba, a toda portada: “¿Puede un catalán ser presidente del gobierno?” Pues parece que no. Ni España estaba preparada entonces ni lo está ahora, ni es imaginable que lo esté en el futuro. No puede, pues, un catalán ser presidente del gobierno español, porque eso sería tanto como decir que el Estado español es también el Estado de los catalanes. Y no lo es. Tan solo lo pagamos, nos limitamos a mantenerlo. Pero Cataluña no es una ONG, sino una nación, un pueblo, una sociedad que tiene y debería tener, más aún, sus propias prioridades estatales, sobre todo cuando se constata, reiteradamente, que Cataluña no es ni ha sido nunca una prioridad para el Estado de España, con todo y ser uno de los principales financiadores, *sponsors*, mecenas, según el caso.

Para determinados sectores económicos, España se ha convertido fundamentalmente en un mercado, “el mercado”, en singular, por sorprendente que parezca en pleno siglo XXI, de manera que, en algunos ambientes catalanes, su patria, más que Cataluña o inclusive que España, es en realidad el mercado español. Esta circunstancia explica muchas de las actitudes temerosas, acomplexadas y serviles, particularmente en la órbita socioeconómica, con una ascendencia notable en el interior de la sociedad catalana.

Sin renunciar en absoluto al mercado español, cosa que a nadie se le ha ocurrido nunca plantear, es hora ya de que se abran los ojos al mundo y, manteniendo y reforzando el mercado español como muy importante para la economía catalana, se tenga también la aspiración de pasar de un mercado regional como el español al conjunto del mercado mundial, lleno de oportunidades y con millones de potenciales consumidores de nuestros productos y usuarios de nuestros servicios. Sin dejar de mirar a España, debemos mirar al mundo entero. Internacionalizar nuestra economía, introducirle factores permanentes de innovación, nos hará menos dependientes de España y más conecta-

dos con el mundo. Hacer lo contrario revela una actitud conservadora, incapaz de adaptarse a los cambios, y que camina contra el sentido de la historia, en dirección francamente contraria al principal signo de nuestro tiempo: la mundialización, la globalización.

Creo que hay una actitud un tanto *naïf* frente al papel del Estado, por parte de no pocos catalanes de buena fe. Poco decididos a emprender el camino que debe culminar con un Estado para Cataluña, se justifican con un discurso reacio a un futuro Estado catalán, con un montón de improperios en contra del Estado, insistiendo en la infinidad de plagas de todo tipo que parecen azotar a los Estados y, pues, que nos asolarían a nosotros en caso de que llegáramos a tenerlo. Es una postura que pretende disuadir a los catalanes y que renuncien a tener lo que otros ya tienen y que resulta, paradójicamente, que no hay ninguno de los que lo tienen, que esté dispuesto a renunciar a ello. Tan perverso no debe ser el Estado. ¿A qué se debe, pues, que tan solo se formen todo tipo de tempestades cuando se mienta la simple posibilidad de un Estado para Cataluña, y no digamos ya su conciencia y viabilidad?

Generalmente, el recurso de la inconveniencia de un Estado para Cataluña se fundamenta en una fe sin límites en la Unión Europea, a quien insinúan que debemos trasladar la resolución de nuestros problemas existenciales y encomendarnos al carácter generosamente taumaturgo de la *euroburocracia*, en espera del día glorioso en que las cosas caerán por su propio peso o, desde una perspectiva ya mucho más científica, directamente por la ley de la gravedad. Es muy ingenuo no darse cuenta de que el proceso de integración europea avanza con fuerza, a partir de dos constataciones que deberían ser más obvias de lo que han sido hasta ahora.

Nunca como ahora, Europa había estado tan y tan unida. Nunca como ahora, sin embargo, había habido tantos estados independientes, libres, soberanos, en Europa, construyendo Europa.

Todo el mundo, pues, quiere la unidad europea, pero también todo el mundo quiere hacerla a partir y mediante su propio Estado

y nadie quiere delegar esta función, este protagonismo, esta contribución, a nadie más que a él mismo. ¿Por qué motivos, pues, los catalanes debemos tener clausurado el paso a la normalidad política que comporta disponer de un Estado propio, si el que ahora pagamos no sirve a nuestros intereses? ¿Por qué razones superiores deberíamos renunciar a él, precisamente nosotros y solamente nosotros?

Como catalán que soy, tengo una enorme confianza en el potencial constructivo de nuestra sociedad y, por lo mismo, debo confesar que no soy nada estatista. Pero hasta que no se invente una cosa mejor, hasta que los países que ya tienen Estado renuncien a tenerlo, yo, que pertenezco a un país que no dispone de él, no renunciaré a tenerlo. Sinceramente, no puedo ver por qué es normal e indiscutible que todos los países europeos dispongan de un Estado, tanto si no alcanzan los cuatrocientos mil habitantes como si superan los ochenta millones, pero no es así cuando se trata de nosotros.

En el mundo lo único que da la normalidad política es el Estado y la anormalidad continúa siendo la ausencia de Estado. Si tienes Estado y un asiento reconocido en la ONU, existes. Si no, sin Estado, no eres nadie. Hay una norma no escrita, internacionalmente respetada, por la cual se practica una auténtica sacralización de los Estados, al margen de su peso demográfico o su dimensión territorial, ya que lo importante, lo que de verdad cuenta en la escena política mundial, es tener Estado, tanto da si grande o pequeño, mientras sea Estado. En el altar de los Estados, santo que no se ve no es adorado.

En 1990, en los días previos a la proclamación de la independencia de Estonia, Letonia y Lituania, cuando ya había un clima de tensión máxima en la calle, el entonces presidente del gobierno de España, F. González, llegó a ofrecer las tropas de la legión española al ejército soviético para ponerlas militarmente a su servicio, como una contribución española al mantenimiento de la integridad territorial de la URSS y como un gesto contrario, de clara e impúdica hostilidad, al clamor por la soberanía nacional y de la sociedad democrática que se vivía en aquella zona báltica.

Todavía no habían pasado veinte años, la URSS ya no existía y el presidente de Estonia hizo, en 2007, su primera visita a España. De Madrid se desplazó a Cataluña, donde tenía actos oficiales en Barcelona. Yo tuve el honor de recibirlo en la pista del aeropuerto del Prat, y darle la bienvenida a Cataluña, en nombre de nuestro gobierno. ¡El presidente estoniano llegó a bordo de un avión oficial de las fuerzas aéreas... españolas! Y lo acompañaban comandantes del ejército estoniano de uniforme. Con un uniforme de un diseño nuevo, inventado, inexistente apenas diecisiete años antes, cuando tampoco existía ningún ejército estoniano. La única diferencia entre el uniforme estoniano, inventado, nuevecito, con el uniforme español es que los españoles habían inventado antes el suyo, ¡porque hace más años que tienen ejército... y Estado! El imaginario nacional se va inventando, creando, recreando día a día, y en esta creación ayuda especialmente tener Estado. Y todos los uniformes, de todos los países del mundo, sin excepción, también forman parte del invento, que tiene siempre el mismo inventor: el Estado.

Lo único que te hace merecedor del respeto internacional, pues, es tener Estado. La única cosa que te exige de tener que dar explicaciones de por qué eres como eres, haces lo que haces, hablas como hablas y quieres lo que quieres, es tener Estado. Da lo mismo la dimensión territorial o humana del Estado, ya que la única cosa que importa es tenerlo. No hay ningún Estado en el mundo, por pequeño que sea —y hay algunos que apenas llegan a los quince mil habitantes— que dé explicaciones, justificándose de lo que sea. Eso solo lo hacemos todos los que, como nosotros, no tenemos Estado. Y cabe reconocer que, francamente, es una actividad que fatiga y, sobre todo, es inútil. No quisiera, no obstante, sacralizar al Estado. Especialmente si tomamos en cuenta la tradición poco estatista del pueblo catalán.

El principal error que podríamos cometer sería pensar el Estado catalán en términos de siglo XIX, cuando resulta que estamos en el siglo XXI. Algunas de las formas clásicas de la expresión de la soberanía, en Europa, han pasado ya a la historia y no debemos ser nosotros quienes las quieran recuperar: moneda nacional, fronteras, ejército

nacional, etc. Siempre he defendido que, de Estado, cuanto menos mejor, aunque sea catalán. Y que el nuestro lo debemos pensar en términos de modernidad, adaptabilidad, flexibilidad, apertura, excelencia... Nada del otro mundo, pero sí con los instrumentos imprescindibles de articulación de la vida colectiva que ya tienen los otros. Tanto Estado, tanta soberanía, tanta independencia, o bien tan poca como tengan también los demás. Ni más ni menos que los otros, sino como los otros, como Dinamarca, como Portugal, como Holanda, como España, como Malta, como Eslovenia...

Seguramente ser independientes hoy, dentro de la Unión Europea, no quiere decir otra cosa que interlocución directa con Bruselas, de manera que todo aquello que no lo decide Bruselas, no lo decida Madrid por nosotros y en nuestro nombre, sino nosotros mismos, directamente en Bruselas. Aceptar esta premisa, en un contexto de mundialización, además, eso sí es interdependencia. Contrariamente, otorgar carta de naturalidad política al hecho de que, hoy por hoy, Cataluña no exista, ni hable en Europa, sino que sea España quien lo haga por nosotros, eso no tiene absolutamente nada que ver con la interdependencia, sino simplemente con la dependencia de siempre.

Un Estado para Cataluña, una Cataluña independiente, no quiere decir un país solo para quienes siempre han sido independentistas, sino un Estado que responda a las aspiraciones, las necesidades y las ilusiones del pueblo catalán de hoy. En un país soberano, todos los ciudadanos sin excepción elegirán a sus representantes en las urnas. Y en el gobierno nacional podrá haber socialistas, liberales, democristianos, comunistas, verdes, fuerzas de izquierda democrática o de un conservadurismo pronunciado. Podrán continuar gobernando quienes ahora lo hacen o bien podrán volver quienes algún día también lo hicieron en el pasado.

Y no tendremos *consellers*,⁶ sino ministros. Y un comisario europeo. Y un catalán en el Banco Central Europeo. Y un lugar en el

6. Nombre que reciben los ministros del gobierno autónomo catalán.

consejo de ministros de la Unión Europea. Y nos tocará durante seis meses, de vez en cuando, la presidencia en turno de la UE y nuestro presidente presidirá también los consejos de ministros europeos, exactamente igual que como lo hacen los otros Estados, al margen de su dimensión territorial o su peso en población. Y dispondremos de un asiento en las Naciones Unidas, como los demás Estados del mundo. Y un lugar en los mapas de verdad; en los políticos y no solo en los del tiempo. En cualquier caso, para cualquier partido de cualquier ideología, el sentido común aconsejaría considerar más atractivo gobernar un Estado europeo independiente que una simple comunidad autónoma, aunque sea del Reino de España.

Un Estado sirve fundamentalmente para dos cosas: para satisfacer las necesidades básicas de la sociedad y para garantizar la expresión nacional de la cultura. Es obvio que, así las cosas, el Reino de España no es nuestro Estado, el Estado de los catalanes, porque no nos sirve ni para una cosa ni para otra. Justamente es todo lo contrario, ya que el Reino de España es un obstáculo fundamental para una sociedad catalana más moderna, justa y equilibrada, es un filtro innecesario para la conexión económica y política de Cataluña con el resto del mundo, es una losa insalvable para la plenitud expresiva de la lengua y la cultura catalanas. Si el Estado que pagamos, pues, no nos sirve, no tiene ningún sentido continuar manteniéndolo con nuestro esfuerzo. Ha llegado el momento de mantener uno que nos sea útil, de pagar un Estado que sea nuestro y que nos dé seguridad cultural y lingüística en un planeta globalizado, progreso económico, social y tecnológico, y también apertura y presencia en todo el mundo. Ha llegado la hora de un Estado para Cataluña.

UN NUEVO CATALANISMO, UN NUEVO SOBERANISMO

El catalanismo es el patriotismo de los catalanes, es como le decimos en Cataluña a lo mismo que, en otros países, le llaman patriotismo. A quien amaba a Cataluña, la lengua catalana, la cultura, la tierra, sus intereses, el derecho, los derechos, la economía, la empresa

y los productos catalanes, siempre le habíamos llamado “catalanista” y, habitualmente, ésta era una de las nobles acusaciones que la dictadura franquista incorporaba, como peligrosas para el régimen, en la ficha policial de tantas y tantas personas. A algunas, incluso, les costó la vida frente a un pelotón de ejecución, cosa que suele suceder con los patriotas de todos los países, bajo cualquier régimen de ocupación, en todo el mundo y en cualquier período de la historia.

Pues bien, en estos momentos, en la Cataluña de nuestros días están ocurriendo dos fenómenos simultáneos, con protagonistas sociales diferentes, que están transformando la fisonomía tradicional del catalanismo. Hasta ahora, el catalanismo, el patriotismo catalán, no había apostado nunca, de manera mayoritaria, por la independencia de Cataluña, de tal manera que el soberanismo era minoritario y ocupaba posiciones marginales, excéntricas, utópicas, lejos de los sentimientos, al menos no verbalizados públicamente, de la mayoría de los catalanistas. De cierto tiempo atrás, sin embargo, estamos frente a una progresiva *soberanización* del catalanismo, como consecuencia de la lenta y creciente asunción de las tesis soberanistas por parte de sectores acabados de llegar a esta posición, sectores procedentes del federalismo, del autonomismo y de un nacionalismo vaporoso que nunca había concretado sus objetivos políticos finales.

En el interior de formaciones políticas que no son ni han sido nunca independentistas, como Convergència (CDC), se han constituido corrientes explícitamente soberanistas, entre las cuales hay incluso antiguos miembros del gobierno catalán que, de momento, no salen del armario nacional y se mantienen en el anonimato. No representan, por lo tanto, al partido, sino tan solo a un sector, a una parte de éste, ya que se ubican, de hecho, al margen de la doctrina, el programa electoral, las posiciones oficiales y las declaraciones de los líderes de su partido y coalición: Convergència i Unió Democràtica (CiU) que, sin ambigüedades, continúan todavía hoy manifestándose de manera reiterada contrarios a la independencia de Cataluña, contrarios a la posibilidad de que Cataluña tenga su propio Estado

y así lo hacen constar, explícitamente, particularmente en la prensa española y la internacional, pero no la catalana.

Son significativas, en este sentido, las posiciones de los dos líderes de esta federación “nacionalista”. Por un lado, el jefe de las filas en Madrid, de la rama democristiana, se ha declarado contrario a la independencia de Cataluña, al manifestar que, en una consulta popular, votaría negativamente a la posibilidad de que Cataluña tuviera un Estado propio. Y, por su parte, el presidente actual de CiU, del sector liberal, ha asegurado que aceptaría la soberanía de Cataluña, siempre y cuando tuviera ésta el sustento de dos tercios de la sociedad catalana —¡faltaría más! Esta toma de posición no tiene nada que ver con las convicciones propias de un soberanista, ni de toda la vida ni converso reciente, sino con el respeto debido a la opinión del pueblo, expresada democráticamente en las urnas y de forma libre. Es la posición de un demócrata, pero no la de un soberanista. Aceptas aquello que quieren los demás, la mayoría, aunque no coincida con lo que tú quieres.

Alcaldes, regidores, presidentes de diputación y consejeros comarcales pertenecientes a todos los partidos catalanes de tradición democrática (CiU, PSC, ERC, IC) firman manifiestos favorables al derecho a decidir de la nación catalana. Gente del mundo de la cultura, la universidad, la empresa y profesiones liberales en general se agrupan en torno a plataformas como Sobirania i Progrés, y juristas, académicos y abogados constituyen un Cercle d’Estudis Sobiranistes, con la intención de reforzar el soberanismo con aportaciones de carácter más jurídico o legal, mientras la Plataforma por el derecho a decidir opta por la vía de la movilización popular, con vocación y práctica transversales. Unos y otros recorren el país, con actos públicos de formato diverso, con la intención de difundir la buena nueva de la necesidad de una Cataluña soberana. El catalanismo, pues, se va haciendo soberanista, se va tiñendo de soberanismo, se va desplazando hacia el soberanismo, como estación de llegada procedente de las más diversas estaciones de salida.

Por otro lado, el segundo fenómeno absolutamente inexistente hasta ahora, que debe tenerse en cuenta, es que empieza a manifestarse un soberanismo de nuevo cuño, la novedad del cual reside no solo en la identidad de sus promotores —sobre todo, pero no exclusivamente, sectores sociales procedentes de la inmigración peninsular de la posguerra, sectores autóctonos del tejido socioeconómico y empresarial y ciertas individualidades del mundo intelectual— sino en la singularidad que representa el hecho de que este nuevo soberanismo no haya pasado nunca por el catalanismo lingüístico y cultural, no se ha sentido implicado en la tradición del catalanismo clásico, más de carácter simbólico e histórico, ni se siente heredero o preocupado por él, porque no lo considera cosa suya. Ni son socios de Òmnium Cultural,⁷ quizá ni tan solo saben qué es, ni pertenecen a la Plataforma per la Llengua, que probablemente nunca han oído ni mencionado, ni conservan el más mínimo recuerdo épico de aquella organización denominada la Crida, en favor de la lengua, que existió antaño.

Se trata de personas que nunca han estado vinculadas con ninguna entidad cultural catalanista, ni de defensa del idioma, a las cuales no les quita el sueño que tengamos o no una selección nacional de tal o cual deporte, que en ningún momento les ha pasado por la cabeza pegar el “CAT” en la placa del coche y menos aún de taparle la “E” obligatoria, que nunca ha colgado ninguna bandera en el balcón en fechas señaladas, entre otras cosas porque no tienen ninguna en su casa, y que no serían capaces de entonar completo “Els Segadors” o himno nacional, de principio a fin. Es gente que no vibra cuando revive las palabras de Pau Casals en la ONU o que considera un hecho menor, anecdótico, cuando mucho simpático, sin ninguna relación afectiva con ellos, la integración de Andorra en las Naciones Unidas, con un discurso en catalán, ni han llegado a sentir ninguna emoción particular frente a ningún estímulo patriótico de carácter simbólico, sino más bien al contrario o, en el mejor de los casos, simple indife-

7. Asociación civil de apoyo a la lengua y cultura catalanas, creada durante el franquismo, integrada por socios individuales.

rencia, fatigados siempre, eso sí, frente al callejón sin salida del permanente debate denominado “identitario”, concretado, sin embargo, generalmente en la lengua y los símbolos.

Para este nuevo soberanismo —en realidad nuevo catalanismo, nuevo patriotismo catalán, de facto— más que el corazón o bien el estómago, les pesa el bolsillo y la cabeza, es decir, el deseo de vivir mejor, más progreso, más calidad de vida, más modernidad, más garantías de futuro, más apertura al mundo, menos tutela del Estado, para ellos y para todos y cada uno de los miembros de su familia. Y han llegado a la conclusión de que, habiéndose demostrado todo esto imposible en el marco español, ya no queda otra vía que no sea la plena soberanía. Los unos y los otros, desde luego, procedentes de puntos de pertenencia bien distintos, acaban por dirigirse en la misma dirección: la independencia de Cataluña, como el último recurso por explorar, al cual acogerse, porque todos los otros intentos hasta ahora han fracasado. Todos.

Es la primera vez en la historia que empieza a haber gente diversa, de procedencias diversas, ideologías diversas, clases sociales diversas, edades diversas, profesiones diversas, culturas y lenguas diversas, con discursos y razones diversas, que se plantean, seriamente, la misma solución: la posibilidad y conveniencia de que Cataluña sea independiente. Unos lo hacen porque tienen necesidad de patria, de asegurar el futuro de la nación. Otros porque tienen urgencia de Estado, con nación o sin ella. Y esta es una oportunidad que no podemos desaprovechar. Algunos, además, estamos dispuestos a dedicarle lo mejor de nuestras energías y capacidades para contribuir a hacerlo posible.

Se trata, en definitiva, de articular un verdadero proyecto nacional atractivo para toda la sociedad, para quienes lo defienden pensando con el corazón, con el estómago, con la cabeza o con el bolsillo, pero que, sea por lo que sea, *también* lo defienden, porque la independencia es cosa de todos. Personalmente no me hace ninguna gracia hacer de independentista. Lo considero una etapa transitoria, accidental, provisional, de mi vida y de mi país, que ya hace demasiado tiempo

que dura, para mi gusto. Incluso me cansa, me agota. Confío en poder dejar de serlo porque, de hecho, lo que sí en verdad me ilusiona, lo que realmente quiero, aquello por lo cual lucho es para ser independiente, para que mi nación sea independiente, soberana y libre. Como las demás.

Tengo ganas de dedicarme a otras cosas, pero entre tanto continuaré luchando para que sea posible, porque sé muy bien que nunca haremos realidad el sueño si no nos lo proponemos. Nunca llegaremos al final del camino, si no empezamos a caminar. Nunca saltaremos la pared si no estamos dispuestos a saltarla y a correr, también, los riesgos personales que esta decisión pueda comportarnos. Sentados cómodamente en el sofá de casa, arrellanados como si cada día fuera sábado por la tarde, no haremos nunca nada. Cuando un pueblo decide que quiere ser libre, cuando piensa en su libertad, cuando es capaz de imaginársela, ya es un tanto libre. Nunca más, pues, ni un movimiento de nuestro brazo, ni una palabra de nuestra boca, ni un euro de nuestro bolsillo que, desde el punto de vista político, no vaya destinado a esta causa colectiva: la independencia de Cataluña.